

Jannah



Eduardo
Kovalivker

**EDUARDO
KOVALIVKER**

JANNAH

 **Planeta**

Capítulo I

Estoy yendo a Jerusalén. Hace poco más de una hora que salí de Haifa y ya me encuentro frente a la fortaleza de Latrun. Aquí comienza la subida a la Ciudad Santa. Voy conduciendo una coupé Alfa Romeo GT del 69. La compré con el dinero que mi padre me regaló el día que me recibí de ingeniero químico. Eran 2.750 dólares, aún lo recuerdo, pues eso era lo que costaba un Citroën 2CV en Buenos Aires al final de los años sesenta. Un mes después de recibirme partí hacia Israel. Había conseguido un contrato de trabajo en un centro de investigación tecnológica en las afueras de la ciudad de Haifa que estaba ubicado en el camino que llevaba al antiguo puerto de Aco. No compré el Citroën; con ese dinero, al pasar por Roma compré la GT, libre de impuestos, llegó conmigo a la tierra prometida.

Quería trabajar para un estado socialista y en una empresa estatal. A la vez, sentía una gran atracción por el antiguo país de los hebreos. Era, desde mi adolescencia, socialista, anarquista de ocasión y más ateo que una piedra. En esa época faltaban ingenieros químicos en Israel; las empresas privadas me

ofrecían el doble y hasta el triple de aquellas ochocientas liras que me pagaba el instituto. Pero yo era un idealista. Bueno, también era un burguesito de clase media. Había alquilado un pequeño departamento en la ladera del Monte Carmel. Tenía una maravillosa vista que dominaba bosques y campos de frutales que llegaban hasta la arena de las playas. Desde allí y hasta el horizonte, el mar Mediterráneo confundía su azul con el azul del cielo.

Además manejaba un auto sport blanco al que le había pintado una franja roja que lo cruzaba desde el baúl hasta el motor.

Casi todos los días, al anochecer, iba a tomar clases de teatro experimental en la universidad. Mi casa estaba cerca. Aunque mi verdadero objetivo no eran los cursos sino participar de la vida universitaria para poder contactarme con las jóvenes que estudiaban allí. Con un grupo de artistas y estudiantes de la ciudad habíamos formado una pequeña comuna hippie y nos relacionamos con otras que ya existían en Tel Aviv y Jerusalén. En realidad, éramos bohemios de fin de semana, pues todos —a pesar de la música, el hachís, el asqueroso brandy 777 de Israel y los sueños que llevábamos colgados— vivíamos de nuestros trabajos cotidianos.

Miro por la ventanilla. Ya estoy dejando atrás Latrun y entro en la zona montañosa. A ambos lados del camino se despliegan los maravillosos bosques que con tanto esfuerzo humano crecieron cu-

briendo las montañas que llegan hasta las puertas de la ciudad sagrada.

Trepando la primera colina, veo por el espejo que se acerca un Mustang rojo, lleva patente diplomática, conduce un hombre de color. Atardece y no hay nadie en la ruta. El tipo me sobrepasa como si estuviese parado; tiene un motor poderoso, pero mi Alfa es más liviano y maniobrable y no quiero quedarme detrás de él.

Me saca más de doscientos metros de ventaja; soy fanático de la velocidad, el camino comienza a descender y veo una curva antes de comenzar el próximo ascenso. Lanzo el auto con todo, llego a 170 km por hora y lo alcanzo antes de doblar. Él ya venía frenando, rebajo las marchas, lo paso y ahora yo le saco a él doscientos metros. Comienza otra trepada, su motor es más potente, me pasa y yo repito la maniobra anterior; esto sucede varias veces. Los restos de los viejos tanques y camiones de la guerra de 1948 dejados a la vera del camino como homenaje a esa gesta no pueden creer tanta locura. Yo sé que en la entrada a Jerusalén hay una curva al finalizar el ascenso; tiene todas las chances de ganarme... pero quiero llegar primero y acelero a fondo en la bajada anterior, que también termina en una curva. Alcanzo los 190 km por hora, no aminoro al doblar. El auto se va de costado pero logro dominarlo, le saco mucha ventaja, el tipo vuelve a acelerar como un loco en esa última trepada, me alcanza en la curva antes del semáforo de entrada a la ciudad,

los dos autos van juntos pero él no puede doblar a esa velocidad, levanta el pie del acelerador y... llego primero a la Ciudad Santa.

¡Una ovación formidable de la multitud! Moisés, Jesús, Mahoma y cientos de profetas, arcángeles, ángeles y santos me aclaman... ¡Llegué primero!

Después de la luz, detuve el auto, me bajé. El hombre hizo lo mismo y con un «shalom», un apretón de manos y sonrisas nos despedimos.

Me dirigí a la antigua casa de techos abovedados donde se encontraban mis amigos hippies; estaba ubicada en la zona judía, cerca del viejo mercado de Majané Yehuda. Anocheceía cuando llegué, había allí alrededor de treinta personas. De un aparato de música salían cantos gregorianos que ponían la piel de gallina. Algunos jugaban al ajedrez, otros al backgammon y otros leían. Dany, el dueño de casa, vestía una larga túnica de color marrón claro que arrastraba por el piso mientras caminaba leyendo en voz alta poemas de Whitman. En las habitaciones, algunas parejas hacían el amor. En la gran sala, la gente se abrazaba, se besaba y conversaba. En el jardín, una rubia angelical con su guitarra cantaba canciones de Leonard Cohen.

Ya se habían organizado diversas actividades para ese fin de semana largo. Era el anochecer del viernes, en unos momentos más iríamos a escuchar los cantos de bienvenida del sábado que entonaban los religiosos de las humildes sinagogas de Majané Yehuda. Algunos llevábamos túnicas y otros la obli-

gada vestimenta hippie. Al llegar a una de ellas nos sentamos y nos apoyamos en las paredes de las casas linderas en absoluto silencio, respetuosos de esos hombres que esperaban del otro lado de los viejos muros que el Dios para el cual vivían escuche sus plegarias.

De ahí nos fuimos a un restaurante ubicado en la parte árabe de la ciudad, era uno de los pocos lugares donde se podía comer en ese entonces un viernes por la noche en Jerusalén. ¡Y qué bien que se comía! Cuando nos ubicamos en la mesa, una mujer de cabello oscuro con un cuerpo estupendo se sentó a mi lado, tenía un rostro interesante pero no muy bonito. Era la primera vez que la veía, me saludó con una inclinación de cabeza pero no me dirigió la palabra. Durante la comida, le pregunté a Dany quién era, pues no la había visto en su casa, ni con el grupo, y me contestó:

—¡Ojo con esta chica! Ten cuidado, acaba de salir de un tratamiento psiquiátrico, estuvo internada seis meses. Su novio se mató en un accidente militar una semana antes de la boda y ella tuvo una gran depresión. Él era mi amigo, peleamos juntos en el frente egipcio en el 67. Se llama Jannah, hoy apareció de repente por la comuna, dijo que quiere estar con nosotros, pero casi no habla. —Y agregó—: No le toques un pelo porque te arranco la cabeza.

Desde el restaurante caminamos hasta la única discoteca que estaba abierta en la zona judía, ella volvió a sentarse a mi lado. Cuando empezamos a

bailar la invité, pero me hizo señas para que vaya solo. Luego desapareció y yo volví a casa de Dany.

A la mañana siguiente fuimos a pasear por las callejuelas de «la vieja ciudad». Atravesamos la muralla y caminamos hasta la explanada del Monte del Templo, queríamos escuchar las llamadas a la oración de los sacerdotes musulmanes. Era época de paz, nos dejaron pasar. Al mediodía comimos en el mercado árabe y luego volvimos a la maravillosa rutina de música, juegos, amor y bebidas. Estaba jugando ajedrez con Schlomo, mi amigo israelí de Haifa, cuando ¡oh!, la veo entrar a Jannah vestida hasta el cuello y en tacos altos. Enfiló directamente hacia nosotros, se sentó a mi lado y se quedó mirando la partida. Todos estábamos con vestimenta liviana, algunos casi desnudos, excepto ella. Mi contrincante me hizo un guiño y seguimos jugando como si la joven fuese un decorado más de ese imposible escenario.

Al atardecer fuimos a cantar y a hacer música en el anfiteatro de la Universidad Hebrea en el Monte Scopus. Jannah no formó parte del grupo. Era uno de los lugares más impresionantes de la ciudad, desde allí se veía el Mar Muerto y las montañas de Judea. Moisés había mirado desde esas montañas el lugar prometido a los hebreos y ahora nosotros lo mirábamos a Él. Delante de nosotros, las áridas colinas de Moab disminuían lentamente su altura hasta hundirse en las aguas de sal.

Se fueron y me quedé solo en las gradas, reflexionando y mirando las montañas. Siempre que venía a la ciudad se me llenaba el corazón; tanta historia, tanta belleza, tanto coraje, tanta sangre vertida por el mundo y yo ahí, en el centro de todo. Fuimos un pueblo que solamente quiso ser coherente con sus creencias y sus tradiciones, pero que nunca pretendió imponérselas a otros hombres. Nunca quisimos convertir a nadie. Tal vez ese fue nuestro pecado de soberbia; no sé, no soy creyente. Perversos seguidores de aquel buen rabino Jesús de Nazaret nos destrozaron a lo largo de los siglos solo porque quisimos seguir siendo nosotros. Pero, por sobre todo, lo que más admiraba era que esa pequeña tribu siempre había amado la libertad, nunca había aceptado la esclavitud. Eran pocos, pero se habían rebelado contra los egipcios, los asirios, los griegos y los romanos. Se enfrentaron a la inquisición de los cristianos y a la barbarie de Hitler (más de un millón y medio de soldados judíos y de la resistencia clandestina pelearon en la Segunda Guerra Mundial junto a los Ejércitos Aliados, mientras los Nazis brindaban con la sangre de seis millones de hermanos indefensos). Y finalmente, en 1948, unos pocos cientos de miles habían vencido a millones de soldados de las naciones árabes que querían echarlos de sus tierras ancestrales, a pesar del mandato de las Naciones Unidas, que había dictaminado dos estados, para dos pueblos. Dejé de reflexionar y me dije: bueno, basta de melancolía, aquí estamos, ¡carajo!, a pesar de todo.

Y me fui imaginando cómo seguiría la diversión en la casa de Dany.

Por la noche hicimos una gran fiesta, se conmemoraba el Día de la Independencia, y toda la bohemía de Jerusalén estaba allí.

Jannah apareció nuevamente, con el mismo vestido, tapada hasta el cuello y otra vez se quedó a mi lado. Si bailaba me dejaba solo, el resto del tiempo me tomaba del brazo o me seguía. Cuando estaba terminando la fiesta, decidí que algo tendría que pasar entre nosotros, y tuve con ella «el siguiente diálogo»:

—Estoy agotado, aquí hay mucha gente y no se puede descansar. ¿Puedo dormir en tu casa?

Y finalmente habló:

—Sí, puedes venir, pero tengo una cama pequeña y no estoy dispuesta a hacer el amor; dormirás en el suelo, en algún almohadón.

Al rato abandonamos la fiesta y fuimos a su casa. Llegamos, no había ascensor y subimos tres pisos por una escalera externa, al entrar a su departamento me ordenó:

—Dormirás en la cama conmigo, vestido, pero pondrás tu cabeza en el lugar donde están mis pies.

Acepté la orden y me acosté con el calzoncillo y la remera puesta. Ella entró al baño y se puso una camisola.

—Quiero pedirte un favor —agregó cuando salió—, lo necesito. Quiero que nos paremos desnu-

dos delante del espejo, luego nos pondremos otra vez la ropa de dormir y nos acostaremos.

—Bueno —le dije y pensé: «esta está más loca de lo que creía». Lo hicimos, y miré su imagen; realmente era bella, su cuerpo duro parecía cincelado por un artista del Renacimiento. Mi miembro erecto sobresalía del espejo como un mástil. Ella no hizo ningún comentario.

Luego de mirarnos me ordenó vestirme; ella hizo lo mismo y nos metimos los dos bajo la sábana, en los lugares convenidos. Estaba muy caliente, me dolía el pene de tan duro que lo tenía. «Le acariciaré la zona del clítoris con la punta del pie y que pase lo que Dios quiera», pensé. Cuando mi dedo llegó a la parte superior de su vagina pegó un grito infernal y se abalanzó sobre mí apasionadamente.

El Creador quiso, porque...

«aquella noche corrí, el mejor de los caminos, montado en potra de nácar, sin bridas y sin estribos. Sus muslos se me escapaban como peces sorprendidos, la mitad llenos de lumbre, la mitad llenos de frío».

Tal como escribió Federico en el *Romancero Gitano*. Ella tenía orgasmos violentos y en esos instantes hablaba y gritaba en un idioma desconocido por mí. (Luego sabría que era sioux).

Cada vez que le tocaba el clítoris con la lengua, se estremecía como quien recibe una descarga eléctrica, y mi pene, cuando no estaba dentro de su va-

gina, estaba en su boca y acariciado por sus manos, preparándose para otro combate. En realidad, se sacudía tanto que no me permitía tener un orgasmo normal. De todas maneras, acabé varias veces. Ciertamente «no fue el mejor de los caminos».

Al amanecer, exhausto, quise huir del lugar, necesitaba descansar, no había dormido ni un minuto y Jannah quería seguir. Me levanté, entré al baño y salí compungido.

—Tengo mi cepillo de dientes en el auto, lo iré a buscar.

Quiso retenerme. Empezó a levantarse extendiendo sus brazos; agarré mi camisa, el pantalón y los mocasines, abrí la puerta del departamento y tiré todo hacia abajo. Comencé a descender por las escaleras en calzoncillos, no había nadie, estaba amaneciendo y ella desnuda me reclamaba desde la puerta, pero no se atrevió a seguirme. En el último tramo tropecé y llegué rodando hasta la vereda; me levanté, agarré la ropa, subí al auto y huí. En la caída perdí un mocasín, pero me daba miedo volver a buscarlo.

Antes de dejar la ciudad pasé por la casa de Dany a buscar a Herbert y Schlomo, mis dos amigos de Haifa.

Les conté lo que había pasado y les dije que si querían regresar en mi auto tendría que ser en ese momento, pues estaba seguro de que ella vendría a buscarme.

Se rieron a carcajadas. Noté que detrás de ellos había dos suecas divinas. Me dijeron que me vaya

solo, que estaban a punto de comenzar una gran competencia orgásmica.

—Explíquenmelo después, esa mujer me quiere secuestrar; me voy ya. Subí al auto y en dos horas llegué a Haifa.

No me había equivocado, unas horas más tarde llegó Jannah a casa de Dany. Mis amigos me contaron que estaba totalmente descontrolada. Entró gritando:

—*¿Eifo Eli? ¿Eifo ahava sheli?*¹

Dany no le había dicho que la comuna era un lugar donde hacer el amor era tan normal como comer o hablar, que no existían los compromisos, que era territorio de sexo libre. Nadie le había dicho que era un lugar de imaginación y alegría.

Él se había equivocado; ella nunca tendría que haber estado en la casa en esos días de desenfreno. Tal vez pensó que se distraería con nosotros. Le daba pena esa chica que había sido la mujer de su amigo, pero ella se hallaba en una situación de gran fragilidad psíquica. Y yo, que solamente buscaba divertirme, ni siquiera evalué qué pasaba por la mente de esa muchacha vestida a la antigua, que casi no hablaba y parecía estar alejada del mundo. Me gustaba, tenía un cuerpo bárbaro y se comportaba de una manera extraña; era un desafío y para mí era suficiente.

Le preguntó a Dany dónde estaban mis amigos (yo se los había presentado en la disco). En ese mo-

1 ¿Dónde está Eli? ¿Dónde está mi amor?

mento, él estaba fumando su hachís del mediodía y lo único que quería era que no lo molestaran; así que fue a buscar a Schlomo y a Herbert, el francés, que estaban encerrados con las hippies suecas. Ellos tampoco querían que los molestasen y se negaron a salir. El ex legionario, que era lo más parecido a un gorila de 120 kilos, no entendía respuestas negativas. Entró, los sacó de la cama desnudos y llevándolos del cogote los plantó delante de Jannah:

—Contéstenle todo lo que les pregunte. Le advertí a Eli que no se meta con ella y no me hizo caso; le voy a arrancar las uñas. Si quieren volver enteros a Haifa, sáquenla de aquí.

Se dio vuelta y caminó hasta donde había dejado su cigarro; cuando lo recogió, los miró con cara de asesino y dijo:

—¡*Shit*, se apagó!

Debido a su violento carácter, Dany ya había estado detenido varias veces. Mis amigos se cubrieron con cualquier cosa e inmediatamente trataron de calmarla y sacarla de la casa. Obviamente se olvidaron de la palabra lealtad y le dieron todos mis datos: teléfono, dirección, nacionalidad, edad, lugar de trabajo. No le dieron mi número de pasaporte porque no lo sabían.

En fin, así son los amigos: miedo mata a lealtad. Me quedó el consuelo de saber que las suecas consiguieron con quienes seguir la maratón, y que además Dany los echó y tuvieron que dormir en la plaza porque era feriado. No había transporte hasta

la mañana siguiente. Todo por haber querido quedarse con las suecas y no volver conmigo cuando los fui a buscar.

Llegué a Haifa muerto de sueño y dormí hasta el anochecer. Me levanté y fui a comer con una amiga, compañera de la cátedra de teatro experimental. Cuando terminamos de comer, quiso venir a casa, pero Jannah me había agotado y debía estar a las siete de la mañana en el instituto. Le contesté que al día siguiente iría a buscarla a la universidad y que pasaríamos la noche juntos. Todavía no me había acostado con ella y quería disfrutar de esa bonita muchacha de diecinueve años que parecía tener quince.

Recién a la mañana siguiente mis amigos llamaron al laboratorio para contarme lo que había pasado en Jerusalén. Schlomo me relató lo que les conté anteriormente, y dijo:

—Eli, no había elección: o nos rompía los huesos o te traicionábamos. ¡Por supuesto que te traicionamos! Tené cuidado, Jannah dijo que hoy viajaría a Haifa, y no vuelvas a la casa de Dany porque quiere empalarte —agregó y largó una carcajada.

—Me las pagarán, malditos.

—Ya pagamos, perro. Nos perdimos a las suecas y el hijo de puta de tu amigo me sacó de la cama justo cuando estaba eyaculando. Cuando me puso frente a esa loca todavía me salía leche —agregó Herbert cuando Schlomo le pasó el teléfono.

—Jodete —le respondí riendo y colgué.